

“Boom minero”, transformaciones socioeconómicas y relaciones de género en Colquemarca, Chumbivilcas (Cusco)

*Caroline Weill – EHESS
Yonathan Layme Choque – UNMSM*

En marzo del 2020, el mundo entero paró abruptamente. La pandemia de Covid-19 ha sido, sin duda alguna, el evento de mayor amplitud internacional del siglo. Particularmente contagiosa y letal para las personas mayores y de salud delicada a nivel mundial, el balance de la pandemia en el caso peruano es inapelable: nuestro país “tiene la tasa de mortalidad por Covid-19 más alta de los 20 países más afectados por el virus, según la Universidad Johns Hopkins.”¹ Por cada 100.000 habitantes, contabilizamos 87,53 muertes –es decir, una muerte por cada 20 personas infectadas². Ello, debido a distintos factores: la privatización y precarización del sistema de salud en los últimos treinta años; la importancia de la economía informal, obligando a las grandes mayorías a exponerse al contagio para traer un pan a casa; la rápida mercantilización del oxígeno; la demora en implementar la vacunación, debido a la falta de infraestructura de la cadena de frío, entre otros.

Al margen de las dramáticas consecuencias sanitarias, las consecuencias socioeconómicas del Covid-19 en Perú han sido durísimas, poniendo al descubierto las profundas desigualdades que atraviesan el país. La paralización de las actividades económicas, impuesta por el aislamiento social obligatorio y el bloqueo de la conectividad urbano-rural, así como los altos costos del acceso a los cuidados de salud, fueron un golpe fuerte a la economía familiar de muchos hogares peruanos.

Huyendo de las ciudades por la situación sanitaria y económica, cientos de miles de personas emprendieron el camino de regreso a sus lugares de origen caminando³, enfrentando situaciones sumamente difíciles a lo largo de las semanas de un viaje muy precario. Estos retornos masivos se dieron hacia todos los territorios rurales –y la provincia de Chumbivilcas, Cusco, no es una excepción. Como en muchos lugares del Perú, un gran número de personas (en particular, hombres jóvenes y de edad media) regresaron a su provincia natal a raíz de la pandemia, como lo comenta G., presidenta de una organización de mujeres de la provincia: “se vinieron por la pandemia porque la gente se estaba muriendo en la ciudad y ¿cómo hacemos para enterrarlos? Por eso se vinieron y estamos toditos acá.” Si bien siempre es delicado generalizar en base a un ejemplo concreto, resulta pertinente detenerse para analizar las transformaciones socioeconómicas que produjo en la pandemia de Covid-19 este territorio rural: en efecto, en el marco del continuo trabajo de campo

1 <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-53940042>

2 <https://news.un.org/es/story/2022/07/1511932>

3 <https://www.nytimes.com/es/2020/04/30/espanol/america-latina/peru-virus-migracion-caminantes.html>

que venimos realizando en el 2023, vemos indicios de que elementos similares se están dando en otros territorios del sur andino, como es el caso de la región de Apurímac.

Más allá de las consecuencias de corto plazo –las tensiones relacionadas a la posibilidad de contagio por los retornantes en los territorios rurales hasta entonces más protegidos, la dificultad de acceso a tierras para ellos, etc.– son los efectos de mediano plazo que resultan impactantes en el caso de Chumbivilcas. El rostro de la provincia, y en particular del distrito de Colquamarca, ha cambiado radicalmente por el regreso de muchos que habían migrado para trabajar en minas informales en otras regiones del país. Sin poder dedicarse a otra actividad durante el confinamiento y con la imposibilidad de viajar, los retornantes empezaron a explorar y extraer el mineral en sus propios territorios, en lo que se ha llamado el “boom” de la “minería desde las comunidades” (Castro, 2022) o “actividad minera con participación comunal” (DHSF, 2023). Si esos cambios importantes tienen una dimensión inmediatamente visible (aumento drástico del parque automotor, construcción de edificios en cada esquina, derroche de dinero en distintos espacios sociales), también tienen una dimensión social menos evidente, que sin embargo es de fuerte preocupación para la población –y en particular para las mujeres: la aparición de un gran número de embarazos adolescentes, de lugares de prostitución, aumento de la violencia doméstica, etc. Siendo ello el síntoma de una rápida transformación de las relaciones de género –lo que a su vez tendrá profundos impactos en las trayectorias de vida de los y las jóvenes. Estas transformaciones socioeconómicas y de género que provocó “boom” minero en Colquamarca, producto de la pandemia de Covid-19, es lo que buscará describir y analizar este artículo.

Es pertinente empezar por una breve contextualización del caso de estudio. El distrito de Colquamarca es uno de los ocho distritos de la provincia de cuzqueña de Chumbivilcas, ubicado aproximadamente a los 3592 msnm. El territorio presenta una geografía variada: valles profundos que destacan en producción agrícola, alfarera y cerámica; quebradas con importante producción agropecuaria, donde en los últimos veinte años se ha incrementado una agricultura intensiva de papas y quinua y, también, las llanuras de lomas y colinas, donde destacan los territorios de Yavi Yavi y Choccoyo, zonas ganaderas. Colquamarca cuenta con una población de 6897 habitantes (INEI, 2017) y 11 comunidades campesinas. Sin embargo, lo característico de Colquamarca (más que de otros distritos aún) es la presencia de una élite local que ha sobrevivido a la Reforma Agraria: por la tardía implementación de ésta (1974), las “familias”, o “vecinos notables”, lograron –por maniobras legales y otras– preservar su posesión de amplios terrenos (varios cientos de hectáreas). Aunque se autodenominen hoy, púdicamente, “propietarios”, lograron mantener, a la par de sus terrenos, cierto estatus social: apellidos como Romero o Álvarez siguen siendo símbolo de prestigio y de poder en el distrito, y representan un mecanismo efectivo de distanciamiento social. Entre integrantes de estas “familias”, se siguen observando actitudes de claro desprecio de clase o

incluso de racismo (“ese cholo igualado”, dijo una vez una hija de estas familias); de ahí que hasta la fecha mucha gente en Colquemarca se refiera a ellos como “gamonales”.

Para describir el efecto de los retornos masivos con la pandemia de Covid-19, del “boom” de la minería con participación comunal y de las reconfiguraciones que ello provocó en las relaciones de género en Colquemarca, nos apoyaremos en un marco teórico que podríamos explicitar en tres ejes: la socioantropología propuesta por el francés Jean-Pierre Olivier de Sardan (1995); la economía familiar campesina en los Andes del Perú (Figueroa, 1989; Gonzales de Olarte, 1986; Golte y de la Cadena, 1986; Mayer, 2004) y los planteamientos de la economía feminista y de la sociología y antropología feministas materialistas.

Por un lado, ante las rápidas transformaciones sociales observadas en sociedades africanas posindependencia bajo las políticas de “desarrollo”, Jean-Pierre Olivier de Sardan aboga por combinar los objetos de estudio y algunos conceptos desarrollados por la sociología, con la metodología por excelencia de la antropología: la etnografía. Así, para el antropólogo, “una socioantropología del cambio social y del desarrollo es a la vez una antropología política, una sociología de las organizaciones, una antropología económica, una sociología de las redes, una antropología de las representaciones y de los sistemas de sentido” (p.17). Es en el marco de esta propuesta que se apropia de las herramientas y conceptos de ambas disciplinas que pretendemos situarnos.

Por su parte, la economía familiar campesina en los Andes es bastante distintiva en su estructura productiva. La unidad de producción, tradicionalmente dirigida al autoconsumo y en parte para el intercambio, cuenta normalmente con dos o tres hectáreas de tierras y algunas cabezas de ganado, con lo que se produce una gran variedad de bienes y servicios (Figueroa, 1989). Desde hace décadas, sin embargo, esta economía campesina andina está cada vez más articulada y participa en el mercado globalizado (Martínez, 2004): la migración temporal masculina para conseguir ingresos monetarios (Cortés, 2002) ha venido generando un complemento económico esencial, sin dejar de lado las actividades agropecuarias y ganaderas (Alata Quispe, 2016), asegurando “cierto equilibrio de subsistencia al margen de la economía monetaria” (Hervé, 2013: 71). Asimismo, la fuerza laboral en la economía familiar campesina suele ser vinculada, a partir de mecanismos de reciprocidad como el *ayni* o la *mink’a*, a la comunidad y la familia extensa (Gonzales de Olarte, 1986). Es de notar que la gran mayoría de estudios sobre la economía campesina andina se ha centrado en las relaciones de producción entre varones (así, por ejemplo, Wilhoit [2017] afirma que la reciprocidad [el *ayni*] ha sido analizado como fenómeno principalmente masculino), lo cual ha contribuido a invisibilizar la participación de las mujeres en el proceso de producción y de reproducción, o considerándolo un “complemento” a lo producido por los hombres. A raíz de esta

invisibilización y de la centralidad del trabajo masculino en las representaciones (De la Cadena, 1992), y como lo sugiere Mayer (2004), las atribuciones de autoridad y la distribución del poder dentro de la unidad doméstica o de una familia nuclear es bastante desigual.

Es en este marco que resulta pertinente, y hasta necesario, profundizar el estudio de la economía campesina en plena reconfiguración por el acelerado contacto con el mercado capitalista –y un caso paradigmático de ello es la actividad minera (Hervé, 2013)– con un análisis que tome seriamente en cuenta las relaciones de género, como un eje central de organización de la sociedad (Segato, 2016). Si la antropología económica andina nos recuerda que sería muy limitado reducir nuestro concepto de economía a lo que es objeto de transacción monetaria, la economía feminista y la teoría feminista materialista agregan además que la unidad de base del análisis económico clásico –la familia– oculta *en su seno* relaciones de poder y de explotación económica. Los esfuerzos por hacer visible el trabajo doméstico gratuito e invisibilizado de las mujeres han tenido efectos profundos: como lo recuerda la filósofa Verónica Gago (2018), no se trata de agregar el trabajo de las mujeres a la contabilidad económica vigente, sino de *transformar* nuestro concepto de lo que es económico, para así analizar como tales determinadas dinámicas sociales que caían, hasta ahora, fuera de la mirada de los investigadores. La movilización de conceptos como la división sexual del trabajo⁴ (Kergoat, 2005); la apropiación de las mujeres⁵ (Guillaumin, 1978); o del continuum del intercambio económico-sexual⁶ (Tabet, 2018), permite así desagregar la unidad familiar para analizar las desigualdades y relaciones de explotación que se enraízan *dentro de ella* –y de esta forma, hacen visible que sin tomar ello en cuenta, lo que suele presentarse como “la antropología de la humanidad” termina siendo, a menudo y por omisión, una antropología de los varones (Tabet, 2018).

La metodología utilizada en ese artículo es principalmente de corte etnográfico. Los autores, un varón originario de Chumbivilcas y una mujer extranjera, han realizado de forma conjunta una parte del trabajo de campo, además de realizar entrevistas y observaciones de forma independiente el uno

4 “La división sexual del trabajo es la forma de división del trabajo social derivado de las relaciones sociales de género; esta forma varía histórica y socialmente. Es caracterizada por la asignación prioritaria de los varones a la esfera productiva y de las mujeres a la esfera reproductiva así que, al mismo tiempo, la captación por parte de los varones de las funciones altamente valoradas socialmente (políticas, religiosas, militares, etc.). Esta forma de división social del trabajo se organiza bajo dos principios: el principio de separación (hay trabajos de varones y trabajos de mujeres) y el principio de jerarquía (un trabajo de varón “vale” más que un trabajo de mujer)” – traducción propia.

5 Guillaumin entiende la apropiación de las mujeres por los hombres, como clases sociales, como una relación social que incluye el trabajo de mantenimiento físico, emocional e intelectual de seres humanos, realizado fuera de la relación salarial en el marco de la familia y de otras instituciones sociales. Recalca que no es su fuerza de trabajo la que, acaparada, sino su origen: el cuerpo como reservorio de la fuerza de trabajo.

6 El concepto de intercambio económico-sexual plantea que a raíz de la exclusión de las mujeres del acceso a los recursos económicos (propiedad de la tierra, salario, ingresos, herramientas, etc.), éstas desarrollan una sexualidad “de servicio”, que intercambian con los hombres (entendidos como clase social) que monopolizan el acceso a dichos recursos. Las modalidades concretas de este intercambio varían de un contexto al otro, los dos puntos opuestos en este *continuum* siendo el matrimonio (en el cual está globalmente apropiado el trabajo productivo, reproductivo, sexual y emocional de las mujeres) y la prostitución, donde se establecen tarifas, temporalidades, etc.

de la otra, entendiendo que el género del o de la antropóloga implica acceso diferenciado a espacios sociales y a discursos locales. Por ello, cruzando las miradas en lo escuchado y observado juntos y por separado, así como compartiendo lecturas y fuentes bibliográficas, se fue enriqueciendo el análisis que desarrollamos aquí. En una primera parte, presentaremos los efectos en la economía local que, a mediano plazo, han tenido los retornos masivos de trabajadores del sector minero informal a sus territorios de origen en Colquamarca, a raíz de la pandemia. Analizaremos luego cómo esta profunda transformación de la economía rural ha impactado la organización del trabajo y de la (re)producción dentro de las familias colquemarquinas, centrándonos en la feminización de la agricultura, relacionada a nuevas modalidades de la división sexual del trabajo, lo cual implica, a su vez, un mayor control masculino sobre la economía y una suerte de desprestigio (material y simbólico) de las actividades económicas en proceso de feminización. Finalmente, estudiaremos la reconfiguración del intercambio económico-sexual, con nuevas estrategias matrimoniales hacia mineros y con el auge de servicios feminizados.

I. “Boom minero” y transformaciones económicas en Colquamarca

1) Chumbivilcas, la minería y el factor acelerador de la pandemia

Cabe destacar que la minería de oro ha estado presente en la provincia de Chumbivilcas desde épocas coloniales y en la naciente República. Un testimonio refiere que el hacendado más importante de Chumbivilcas, Mario Álvarez, hacía trabajar a sus colonos el oro en las zonas de Chocoyo y de Yavi Yavi. M., un propietario en la pampa de Chocoyo, refiere lo siguiente al respecto: “mis abuelos ya se dedicaban a la minería de lavadero y ellos incluso conocían el mercurio, pero de manera esporádica, complementando con la actividad ganadera”. Otro entrevistado destaca lo siguiente: “cuando venía la lluvia dejaba descubierto las pepitas de oro y la gente solía recoger y juntar, eso vendían los domingos”.

Sin embargo, la mayor relación de los Chumbivilcanos con la minería, en la época previa a la pandemia, está vinculada con la migración, fluida y regular desde hace más de dos décadas, hacia las minas de oro de Secocha en Arequipa, Nazca, Ayacucho, Huancavélica, la Rinconada en Puno y Puerto Maldonado. Las causas más importantes de esta migración están relacionadas con la búsqueda de mejores condiciones económicas, el empobrecimiento de la agricultura por las crisis ambientales, así como la baja rentabilidad de la agricultura y la ganadería (Pachas, 2019).

En épocas más recientes, la minería artesanal empezó con el lavadero en Chocoyo desde el año 2013; de manera general, en el distrito, la minería informal no tiene más de una década. Muchas personas indican que un motivo importante del inicio de labores mineras informales tiene relación con el ingreso de grandes empresas transnacionales en la región, en particular con la llegada de la

canadiense Hudbay y de la entonces Glencore en Las Bambas en el 2009: “antes que vengan empresas a robar nuestros recursos, mejor explotamos nosotros” es un discurso ampliamente difundido. Así, se puede considerar que un factor latente del boom minero actual es la fuerte presión en los territorios rurales sur andinos que ha generado la implementación del neoliberalismo en el régimen autoritario de Fujimori en el Perú y por consiguiente la apertura de Perú al mercado internacional, sobre todo, de materia prima como el cobre, oro y otros (Bos et Lavrard Meyer, 2015). Además, el alza del precio de estos metales entre los años 2005 y 2014 (Romero *et al.*, 2005) ha vuelto aún más rentable, y por lo tanto atractivo, este sector económico, desde el empleo asalariado con grandes empresas transnacionales o la producción artesanal con mirada a vender el mineral directamente a dichas empresas.

En este sentido, se puede afirmar que el “boom minero” en Colquamarca se ancla en dinámicas preexistentes: el capital social y económico de los mineros chumbivilcanos ha estado presente desde el comienzo de este siglo en el sur del Perú, por experiencia en el propio territorio o a través de la migración a centros mineros informales, lo que además proporcionó contactos con inversionistas que se dedican a la minería en todo el Perú.

En este contexto, la pandemia del Covid-19 ha sido un punto crucial y de quiebre, que ha acelerado fuertemente la explotación de los recursos mineros en las comunidades de Colquamarca. Los riesgos de contagio y el confinamiento constante hicieron que muchas familias chumbivilcanas (sobre todo, aquellas familias que vivían en las minas informales como jornaleros o trabajadores, las mujeres trabajando en pequeños negocios, como cocineras o pallaqueras) retornaran a sus comunidades de origen. Fallecer en tierras extrañas y no tener los rituales adecuados y necesarios era un riesgo que muchos no quisieron tomar, ya que la ausencia de prácticas prescritas, es decir la “mala muerte”, puede devenir “un alma en pena que puede manifestarse ante los vivos mediante apariciones oníricas o fantasmales para reclamarles cuidados y reposo pendientes” (Robin y Panizo, 2020). Así, estas familias retornantes, cargadas de conocimiento técnico sobre la minería y algo de recurso económico, son las primeras en empezar a “probar suerte” y explotar los recursos mineros en sus comunidades.

Así, es verdaderamente desde el año 2020 que la explotación de los recursos mineros en Chumbivilcas y, sobre todo, en Colquamarca se ha acentuado fuertemente. Los comuneros, al ver que la actividad minera era rentable, y sin la posibilidad de seguir migrando a otros territorios mineros, empezaron a explotar sus propios terrenos comunales: a fines del 2022, se registraba en el distrito 176 derechos mineros en vías de formalización vigentes y 435 suspendidos (DHSF, 2023). Ello; ha implicado un levantamiento económico fuerte en el distrito, también trajo consecuencias y

problemas sobre la forma y control comunal del territorio minero entre residentes y retornantes, como veremos a continuación.

2) Modalidades de explotación minera en Colquamarca

En Colquamarca se realiza a la fecha dos tipos de minería: la minería de socavón, y la minería aluvial o de lavadero a tajo abierto (DHSF, 2023; Cárdenas, et al., 2023). En el primer caso, la minería por socavón requiere de maquinarias de perforación, alimentación, combustible para generar energía eléctrica y personal, y resulta menos rentable, pero más accesible para muchos comuneros. En el segundo caso, la intensa mecanización de la minería por lavadero implica grandes inversiones económicas en maquinarias (línea amarilla), combustible, personal y alimentación; a la vez genera grandes ganancias.

a) Minería de socavón

La minería de socavón es la más común en las comunidades de Colquamarca, pero se diferencia de la minería por lavadero en el material o mineral que se extrae. Así, en la comunidad de Yanque se extrae plomo y cobre; en las demás comunidades oro y plata. “Este tipo de minería extrae el mineral en bruto, que luego es enviado a plantas procesadoras” (DHSF, 2023: 32). En el caso del oro, luego de obtener el material, se selecciona: el material de oro “grueso” se lleva al quimbalete (especie de batán grande en el que se muele y se mezcla el mineral con mercurio y otros elementos tóxicos para aislar el mineral), se recupera el oro para luego venderlo en las tiendas de compradores de oro. Si el material es de oro fino o “baja ley”, se empaca en sacos y se manda a las plantas procesadoras de Nazca, aunque también se encuentran plantas procesadoras en Livitaca y Chamaca, como es el caso de planta procesadora de Machupicchu (DHSF, 2023)⁷.

El procedimiento implica ciertas reglas y normas: los comuneros deben contar con guías de remisión y tráileres que trasladen el material para mandar la muestra a dos o tres plantas y así tener la certeza de la calidad del material. Todo ello implica un gasto considerable para los comuneros mineros. En el caso de plomo y cobre, se extrae en grandes cantidades y todo el material se manda a las plantas procesadoras de Nazca, de forma autónoma. Por el contrario, en el caso del oro, muchos prefieren trabajar con las sucursales de las plantas procesadoras instaladas en Colquamarca, volviéndose en parte dependientes de ellas. Estas empresas proveen de materiales como fulminantes, cartuchos para la explotación, adelanto de dinero (lo cual recuerda el sistema de enganche), víveres y otros enseres a los mineros comuneros, y manejan una flota de vehículos 4x4 que sirve para bajar el mineral desde los socavones y traslado de personas hacia las minas.

⁷ A la actualidad mayo 2023 hemos podido rastrear tres plantas procesadoras, uno ubicado en Choccoyo, otro en la Fuyani, estos dos en pleno proceso de implementación, y en Cancahuani en proceso de negociación con la comunidad.

La modalidad de gestión de estas actividades varía mucho de una comunidad a la otra: en algunos casos, como es el de la comunidad campesina de Huaccoto, se desarrollan en terrenos mancomunados, donde cada comunero pide permiso ante la Asamblea comunal para entrar a trabajar en una parte, y lo hace de forma autónoma en cuanto tenga esa autorización y esté empadronado en la asociación de mineros artesanales. Pueden ser pequeñas empresas que contratan a trabajadores, algunos miembros de una familia, o hasta un hombre solo. En otros casos, como es el caso de la comunidad campesina de Yanque, es la misma comunidad, a través de sus instancias comunales (Asamblea, Junta directiva) quien está gestionando la explotación. Se presentan también casos mixtos, y/o que evolucionan en el tiempo, como en el caso de la comunidad de Huinquiri: en un primer momento a iniciativa de cada comunero, se llegó a organizar en forma comunal bajo el liderazgo de un presidente, forma comunal que se está ahora debilitando con el nuevo presidente comunal y retornando a formas más individuales o familiares.

b) Minería aluvial o de lavadero a tajo abierto

La minería aluvial o de tajo abierto se trabaja fundamentalmente en el anexo de Choccoyo, ubicado en la parte alta de la comunidad campesina de Idiopa Ñaupá Japu Urinsaya. Esta actividad se ubica en terrenos parcelados de la comunidad y terrenos de propietarios (es decir, de particulares, que pueden ser comuneros o gamonales), lo que implica dinámicas diferentes de explotación y relacionamiento –aunque en ambos casos, reproduce lógicas conflictivas, dentro de las comunidades o entre la comunidad y los gamonales.

La minería de lavadero requiere de grandes inversiones de capital. Así es que los mineros retornantes recurrieron a inversionistas de origen juliaqueño y puneño, que aportan capital económico y maquinarias de línea amarilla, mientras que los comuneros mineros aportan con fuerza de trabajo y el terreno parcelario. Rápidamente, resultó claro que los inversionistas foráneos eran quienes se llevaban la mayor parte de las ganancias de la actividad minera. Esto generó cierta controversia y algunos grupos familiares empezaron a emprender iniciativas propias, comprando maquinarias e insumos propios para quedarse con la totalidad de las ganancias (aunque esto no es la regla, sino la excepción). Si bien la explotación de las parcelas de la comunidad fue una iniciativa de grupos familiares, y sobre todo de comuneros mineros retornantes, la institución de la comunidad aún juega un papel importante en la regulación de la extracción minera: “si son espacios de uso comunal, el inicio de las operaciones depende de un acuerdo comunal [...] en cualquier caso, la comunidad decide si está de acuerdo o en desacuerdo con la actividad” (DHSF, 2023: 31).

Ello no es exento de tensiones. Regularmente, se observan fricciones internas en las comunidades formándose dos grupos: unos que no quieren que la minería se trabaje, otros que insisten en que se autorice el ingreso de dicha actividad extractiva. En general, estas tensiones responden a las

categorías de edad: los mayores, que carecen de experiencia en la minería y acostumbran a las actividades agropecuarias, se resisten a que entren mineros, por miedo a una posible contaminación, pero también por “envidia”, lo que reflejan el paulatino crecimiento de la desigualdad económica entre familias, tan común en los escenarios mineros (Bos et Lavrard-Meyer, 2015; PDTG, 2013). Es en este sentido que, en otros distritos, como el de Llusco, el motivo principal por rechazar el ingreso de labores mineras informales es porque “a raíz de la minería, muchas peleas hay entre nosotros”⁸.

Por otro lado, las propiedades de los “gamonales”, en el margen derecho hacia Chamaca, son hoy un centro importante de la actual actividad minera. En principio, estos “propietarios” fueron reacios a la inversión en minería de lavadero, pero al ver la rentabilidad de esta actividad, empezaron a formar socios con inversionistas externos para explotar sus propiedades, es decir, a alquilar sus tierras para que otros (en general comuneros vecinos) abran sus labores. Lo resaltante es que estas tierras son objeto de disputa territorial entre comunidades y hacendados desde la Reforma Agraria de 1969: en Chumbivilcas, numerosos juicios siguen sin solucionarse por la propiedad de las tierras. Es en el marco de esta larga historia de conflicto por la tierra que se dio la invasión de la propiedad de la familia Peña (que sigue en juicio), por un lado, y de la familia Álvarez por otro lado, por parte de comuneros vecinos. Luego de dicha invasión, se reportaron enfrentamiento a balazos; los comuneros mineros fueron desalojados, y desde entonces el conflicto es latente en esta zona. En este sentido, la actual explotación minera aviva los viejos conflictos por la tierra y el territorio (Cabrera y Castro, 2023).

Las rutas del oro extraído de las pampas de Choccoyo tiene dos formas de comercialización. Por un lado, después de pasar por un proceso de mezcla con mercurio y quemado, el oro se vende en Colquemarca a los acopiadores. La otra opción es llevar el oro extraído del lavadero hacia Juliaca o Puno, que pasa hacia Bolivia de manera ilegal: algunos comuneros mineros han emprendido este negocio por estas rutas porque allá el precio del oro es un poco más alto que Colquemarca; pero las intervenciones policíacas y la estafa es muy frecuente en estas rutas, y por ello la mayoría vende en Colquemarca o a veces en Santo Tomás.

3) Efectos socioeconómicos del “boom minero” en Colquemarca

El apoyo del alcalde de Colquemarca, Henry Romero Palma (dueño y socio de muchas minas), ha sido decisivo para el desarrollo de esta actividad en el distrito: desde la municipalidad, se impulsaron capacitaciones e inscripciones al REINFO, se facilitó topógrafos, contadores e informáticos para realizar los trámites, entre otros incentivos (DHSF, 2023). Hoy, en algunas comunidades como en Huaccoto, alrededor de 60 a 80% de los comuneros se dedican ya a tiempo

⁸ Entrevista con M., dirigente distrital de Llusco.

completo a esa actividad⁹. El gramo de oro puede costar entre 180 y 190 soles; a la semana, una empresa familiar suele vender entre 200g a 300g de oro, y si la “suerte acompaña”, puede llegar a 1kg de oro por semana. Si calculamos unos 50,000 soles de ingreso semanal, se tiene que restar en el alquiler de maquinaria, el precio del combustible, el sueldo de los trabajadores y de la cocinera, etc. Al final, si algunas personas y familias han podido ganar mucho dinero en poco tiempo, otras también evalúan de manera mitigada su incursión en la minería; el “factor suerte” se presenta como bastante importante.

A la par, muchos adolescentes trabajan en el rubro minero desde los 14 o 15 años, abriendo nuevas vetas o sacando la roca extraída. Durante la pandemia, muchos se dedicaban a la minería a tiempo completo, dejando de lado los estudios virtuales implementados con gran dificultad en sus hogares. Hoy, los estudiantes de secundaria suelen cubrir turnos de tarde, después del colegio, o trabajar todo el día los fines de semana. En Chocoyo, los jornales ascienden en promedio a 100 soles diario. Así, según el alcalde distrital, “un muchacho de 17 años que gana 3 000 soles mensuales, en dos meses ya tienen moto”: “la minería permite obtener en un mes lo que la economía agro pastoril tradicional en un año.” (DHSF, 2023: 54). También es una nueva fuente de ingreso para la comunidad, ya sea por aportes directos de los comuneros mineros, o por la dinamización económica que genera en este territorio. Por un lado, existen acuerdos (variables en su naturaleza en función de las comunidades) para que los comuneros mineros aporten con algunos cientos de soles mensualmente. Por otro lado, un comunero de Chocoyo afirma: “ahora hasta grifos de combustible hay en la comunidad. Hay tiendas, hasta han puesto restaurante. De vez en cuando hay restaurante y cuando alguien viene de lejos les hacen preparar la comida. Les generó economía” (DHSF, 2023).

Al margen de los ingresos importantes y rápidos, la fuerte movilidad laboral que ofrece la minería informal la hace particularmente atractiva para muchos hombres. Un comunero comenta que se puede aprender rápidamente el oficio y con algo de dedicación, es posible volverse maestro cuadrero, o maestro de perforación, lo cual representa mayor responsabilidad, mayor estatus y mayores ingresos. Así, la atractividad de la minería desde las comunidades también se relaciona con la posibilidad de aprender un oficio y ascender laboralmente, y socialmente, en poco tiempo. Esta realidad lo ilustra muy bien el caso de L., comunero de Pumallacta (distrito de Quiñota), antiguo trabajador de la empresa minera mediana Anabí, que explica que aprendió mucho más trabajando en minas informales que como empleado, y que gracias a ello ahora es dueño de tres minas, dos de oro y una de cobre, en la provincia.

Bajo el efecto de este rápido e intenso crecimiento económico, el rostro de Colquemarca ha cambiado muchísimo. La pampa de Chocoyo, que antes era “cubierta de reses bravas”, ahora es un

9 Conversación informal con el presidente de la comunidad de Huaccoto.

pampa desolada llena de polvo y de arena donde ya no crece el pasto. Se ven menos los caballos y los toros bravos, aunque en el discurso de los mineros identificamos un intento de minimizar los daños a la naturaleza: afirman que la minería es temporal y luego volverán a la ganadería. En todas las comunidades dedicadas a la minería, se puede observar los efectos de esta actividad, los socavones que han abierto, el desmonte que sacan y los quimbales que han instalado, además las carreteras provisionales que han construido para trasladar el material. Todo ello ha transformado el paisaje de Colquemarca, otorgándole un rostro minero extractivo, menos agrícola y ganadero.

Por otro lado, con el boom minero ha incrementado rápidamente la construcción de casas de material noble en Colquemarca y sus comunidades. Todos los comuneros mineros han empezado a comprar terrenos y lotes, luego a construir casas de material noble, y en algunos casos, casas de lujo en la capital distrital, como una forma de posicionar su estatus, lo cual era imposible antes. Con ello, el costo de los cercos y terrenos se ha disparado en el pueblo de Colquemarca desde el 2020. En las comunidades también han empezado a construir casas de material noble como una forma de demostrar poder adquisitivo. Esta dinamización de la economía local es particularmente evidenciada por la aparición y crecimiento de la pequeña industria en el distrito: la fábrica de ladrillos de Colquemarca es la única en toda la provincia de Chumbivilcas, y los mercados de gran inversión como ferreterías y construcciones son claramente visibles en cada esquina de la capital distrital. Los tráileres atraviesan a diario el pueblo, donde antes de la pandemia se podía contar más caballos que carros. El aumento rápido e intenso del poder adquisitivo de los mineros comuneros se evidencia en el crecimiento acelerado del parque automotor en Colquemarca: carros, camionetas, motos, minivanes y camiones... En la feria ganadera de la comunidad campesina de Yanque, las familias llegan en carros de lujo –incluso algunos en Lamborghini o en camionetas 4x4.

Pero, sobre todo, el incremento rápido del poder adquisitivo de los comuneros mineros se evidencia en los espacios de disputa del poder simbólico. Por un lado, la multiplicación (y las dimensiones que cobran) las fiestas del *takanakuy*, con su teatralización de la masculinidad y del dinero de los *carguyoq* mineros, es un primer indicador de la potencia socioeconómica de este sector emergente (Layme Choque, 2023). Por otro lado, es en las riñas de gallos que se puede observar con más nitidez la transformación de las relaciones de poder resultante del “boom” minero postpandemia. Como se mencionó anteriormente, Colquemarca se caracteriza por la continua presencia de las familias hacendadas, que nunca dejaron de controlar las redes de poder político local y no perdieron su estatus social (Cabrera Morales y Castro, 2023). Dicho estatus se simboliza hoy, en su máxima expresión, con su participación en las peleas de gallos. Espacio históricamente controlado de forma exclusiva por los gamonales, desde el año 2020 o 2021 los comuneros mineros han invertido masivamente en gallos de pelea, con la perspectiva por un lado de ganar los premios que pueden

alcanzar el medio millón de soles, y por otro lado de disputar este espacio prestigioso del cual habían sido excluidos por la élite local. El marco de este artículo resulta estrecho para poder desarrollar las múltiples formas de disputa de poder en este espacio: nos limitaremos acá a mencionar que el derroche de dinero en apuestas y en cervezas, así como la fila impresionante de camionetas enormes delante del coliseo, son sin duda un mensaje explícito de movilidad social ascendiente de parte los comuneros mineros.

II) Engenerizar las transformaciones económicas a raíz del “boom minero”

Cuando se tocó el tema, la respuesta de G., mujer colquemarquina de unos 35 años y socia de varias minas, responde tajantemente: “eso sí, los que se benefician de la mina son hombres”. Resulta evidente decirlo, pero al fin y al cabo no lo es tanto: si es bien sabido que la minería es una actividad masculina, en comparación a la amplia literatura que existe sobre la cuestión minera y extractiva, son algo escasos los trabajos que se han centrado en el análisis de lo que el auge de esta actividad sumamente masculina implica para las mujeres y para las relaciones de género (Bastidas Aliaga, 2009; Li, 2009; Cuadros, 2011; Himley, 2011; Arana Z. 2013; Jenkins, 2014; Lopez Canelas y Cielo, 2018; DHSF, 2019; Pérez, De la Puente y Ugarte, 2019; Weill, 2023). Trataremos aquí de mostrar como el “boom minero” pospandemia en Colquemarca ha significado una feminización de la agricultura, una mayor dependencia económica hacia los esposos, así como una minimización de los aportes económicos de las mujeres a la economía familiar.

1) Feminización de la agricultura y conflicto por el agua

Son varias las razones por las que son casi exclusivamente varones que están a cargo de la explotación del mineral. Primero, el patrón tradicional de migración asigna a las mujeres el cuidado de los hijos y las tareas domésticas en la comunidad, mientras son los hombres quienes migran para buscar trabajo remunerado. La migración temporal masculina en función del calendario agrícola (Oliart, 2005; Cortès, 2002) ha otorgado a los hombres colquemarquinos (y chumbivilcanos en general) el monopolio sobre el conocimiento y los contactos en el rubro minero. Segundo, se considera que el trabajo en la mina es un “trabajo duro”, que requiere mucha fuerza física, cualidad atribuida casi exclusivamente a los hombres dentro de la ideología de género operante en la zona. Tercero, está presente la misma prohibición para las mujeres de ingresar a los socavones (modalidad principal de la extracción minera comunal) que Pascale Absi ha analizado en Potosí (2005): las mujeres traerían “mala suerte” y harían desaparecer la veta. Ello se explica a su vez bajo diferentes modalidades: que la Pachamama, dueña del mineral, se pondría celosa de las mujeres; que ellas, además, no pueden poseer sexualmente al cerro como lo haría un hombre (véase la tercera parte); o

que la fertilidad de las mujeres podría interferir con la fertilidad del cerro (algo que también está presente en el trabajo agrícola).

A consecuencia de la exclusión de las mujeres del trabajo en el socavón, ellas se ven limitadas a pocas opciones de trabajo en este rubro que cobra cada vez mayor importancia en el distrito: trabajan como pallaqueras, o como cocineras. Las pallaqueras revisan y reciclan los restos de la roca que han desechado los mineros por no ser interesante, con la esperanza de poder rescatar algo de mineral para ellas. También, pueden trabajar en los quimbaletes, en particular en las zonas donde se explota el mineral en el socavón. Sin embargo, ello es un tipo de trabajo dependiente del dueño de la labor minera o “jefe”, con escasa perspectiva de ascenso laboral o profesional. Finalmente, y, sobre todo, en el rubro minero, se encuentra a las mujeres trabajando como cocinera. Es un trabajo pesado que requiere levantarse a tempranísima hora para cocinar el desayuno para los trabajadores, atenderles, lavar los platos, cocinar el almuerzo, etc.: P., cocinera en una labor minera de la comunidad de Huaccoto, trabaja de las 3am a las 8pm sin parar, con solo unas horas libres el domingo en hora del almuerzo. Pero, sobre todo, implica a menudo estar residiendo en campamentos mineros, es decir, ser una mujer sola rodeada de decenas de hombres: el riesgo (y los casos) de acoso sexual y de violación¹⁰ es tan grande que muchos dueños de minas sufren para conseguir cocinera.

Si muchos hombres colquemarquinos empezaron a involucrarse en esta nueva actividad económica durante y luego de la pandemia, la consecuencia de ello ha sido una forma de *feminización de la actividad agropecuaria*. Es muy claro, al caminar en las zonas rurales, que son mujeres las que siguen cuidando el ganado y atendiendo a diario en las chacras: cuando se le pregunta a D., presidenta de una organización de mujeres de Colquamarca, si los que están trabajo la mina todavía trabajan la chacra, ella contesta: “No, no, puede que sus esposas hagan trabajar, pero ellos más paran en la mina, uno que otro pueda realizar trabajos de agricultura.” Ella, por ejemplo, “ahorita est[a] con la chacra, [su] casa, estar dando de comer a los animales cuy y [su] familia, recoger [su] hijo ni [le] alcanza el tiempo”, al igual que M., su madre, que afirma que “los varones nomas están en la mina, las mujeres en casa con los animales, cuyes, la chacra y los hijos”. A veces, los varones aportan dinero (derivado de su actividad minera) para contratar jornaleros agrícolas; sin embargo, es frecuente no poder encontrar jornaleros porque la mayor parte de los hombres trabaja en la mina, que es más rentable. Por lo tanto, la responsabilidad de las labores en la chacra termina recayendo en mujeres. Esta dinámica en curso en Colquamarca hace eco a una gran variedad de contextos extractivos (Weill 2020; 2022) donde la “feminización de las actividades agrícolas y ganaderas [es] a menudo negativamente afectadas por el acaparamiento de los recursos en tierra y agua vinculado a la minería” (Grieco, 2018: 97).

¹⁰ Entrevista con E., joven abogado ejerciendo en municipios del Corredor minero sur andino, octubre 2022.

De hecho, esta feminización de la actividad agropecuaria se da en un contexto de conflicto por el agua –conflicto también fuertemente atravesado por el género y la edad (Himley, 2011). L., una joven madre de la comunidad de Lut’o (distrito de Quiñota), contaba un día en la sección de restaurantes del mercado de Santo Tomas: “los mismos pobladores formaron una asociación para explotar el cerro, pero la comunidad se opuso porque no hay agua ni para el consumo humano, y la minería es una actividad que requiere mucha agua”¹¹. La cuestión del agua es candente en Chumbivilcas, y está presente en todas las campañas electorales, en todos los programas radiales, en todas las asambleas comunitarias: “*unuta munayku*”, queremos agua. El cambio climático y el retraso en la llegada de las lluvias era una preocupación central en noviembre 2022. “Hay mucha minería, por eso no hay lluvia. Por la contaminación de los explosivos”, afirma una señora colquemarquina. Si el comentario puede parecer ligero y llevado más por coincidencias temporales que reales causas a efecto, habla mucho de la contradicción percibida entre disponibilidad de agua y extracción minera en la mente de quien lo formula.

Pero la contradicción también está relacionada a la contaminación, real o temida, de las aguas: según la presidenta de Surpuy, asociación de artesanas chumbivilcanas, y comunera de Idiopa Ñaupajapo-Urinsaya, “hay contaminación en Chapina [labor minera]. Del socavón filtra agua hacia fuera con químicos y explosivos. Esa agua manda al río Qollota”, lo cual se ve confirmado por el presidente de la organización de jóvenes, que afirma que “en dos ocasiones se ha visto truchas muertas en el río Qollota.” Así también afirma D., presidenta de una organización de mujeres de Colquemarca: “los mismos cerros que almacenaban agua están siendo perforando echando mercurio para el lavado del mineral, están contaminando el medio ambiente, hasta las chacras no produce como debe ser, si produce ya está contaminado yo quisiera que no hagan eso, tal vez artesanalmente puedan realizar sus trabajos.”¹² Sin embargo, nadie habla de la contaminación: el presidente de la organización de jóvenes recalca que “el frente de defensa de acá también tiene su concesión grande, por eso también no dice nada, les pagan a él por usar su concesión” y además “el alcalde tiene sus minas, como será de la contaminación. Abajo tiene sus terrenos con tres minas, lo que desemboca lo manda al río”. Así, el monopolio masculino en cargos de poder evacua casi por completo un tema en agenda crucial para las mujeres, que es la cantidad y calidad de agua disponible para las tareas que les son crecientemente asignadas: las actividades agropecuarias.

2) Mayor control masculino sobre la economía

Esta reorganización de la división sexual del trabajo –donde los hombres se dedican cada vez más a la minería y a las actividades económicas más rentables, y las mujeres a las actividades agropecuarias y los otros trabajos de los cuales no están excluidas– tiene consecuencias concretas

¹¹ Cuaderno de campo, 6 de noviembre 2022.

¹² Entrevista con D., abril 2023, Colquemarca.

en la repartición del poder en el seno de la familia, en particular en cuanto a tomas de decisión sobre la asignación de recursos y la valoración de los aportes a la economía familiar.

Los escenarios mineros no son una excepción, sino un ejemplo paradigmático de las tendencias de largo plazo que atraviesan muchas zonas rurales peruanas. En este sentido, vemos la desaparición acelerada de mecanismos tradicionales de acceso a bienes y servicios sin pasar por la transacción monetaria, como son el *ayni*, la *mink'a* o el *trueque*. Por ejemplo, G., presidenta de una organización de mujeres en Colquamarca, comenta: “el jornal ha aumentado de s/20 a s/40-50 por eso no ha regresado el *ayni*, por la subida del jornal.” Así, para acceder a bienes y servicios, es necesario pagar una suma de dinero: lo que se ha denominado la *monetarización de la vida económica*¹³. Eso implica que la sobrevivencia, en Colquamarca, es cada vez más dependiente de la capacidad de generar ingresos monetarios, a través de un trabajo *remunerado* que es, por la división sexual del trabajo, altamente masculinizada. Notemos que la monetarización de la economía en Colquamarca no ha empezado con el “boom” minero postpandemia: más bien, desde la industrialización de la agricultura intensiva, con tecnología agrícola más compleja y proyectos a mano del municipio, esta tendencia ya existía antes del 2020. Sin embargo, es innegable que ello se ha visto reforzada por las actividades mineras, que a su vez han implicado una masculinización de los ingresos monetarios (tanto hombres como mujeres podían trabajar en la agricultura intensiva) y un alza fuerte del costo de vida en el pueblo de Colquamarca: “con la minería ha cambiado, solamente han hecho subir la primera necesidad de los alimentos [...] aceite esta 12 soles y en Santo To [Santo Tomas, capital provincial] está 10 soles, azúcar kilo está 6 soles y en Santo To está 4 soles, igual verduras está más caros”¹⁴.

Las mujeres ven entonces en el “boom” minero postpandemia un menor acceso a ingresos propios en comparación a los hombres, y una mayor necesidad de acceso al dinero por el aumento de los gastos familiares, que generalmente gestionan ellas. Ello implica que son crecientemente dependientes de sus esposos en términos económicos. El control masculino sobre los ingresos, y la consecuente profundización de la asimetría de poder en el seno familiar que deriva de ello, se tiene que matizar entre las familias que dependen de un sueldo o un salario del minero, y aquellas que son dueñas de negocios mineros.

En el primer caso (del salario minero), existen fuertes indicios que se estaría repitiendo escenarios como los de Espinar o La Oroya (Weill 2020 ; 2022), donde el salario masculino se gasta

13 La monetarización de la vida económica es bien descrita por la anécdota contada por L., el hijo mayor de G.: “Un señor de Fuerabamba que radicaba en Colquamarca, volvió cuando llegó la mina, recibió 10.000 en cash. Él no había conocido la plata, la guardó entre sus granos de cereales, pero entró la rata y se comió la plata y él se dio cuenta cuando quiso meter otro día una faja ahí.” Cuaderno de campo, noviembre 2022. Esa idea de “conocer la plata” con la llegada de la mina ha sido más detallada por Bruno Hervé en su artículo “De campesinos a micro-empresarios: transformaciones laborales y cambios sociales en una comunidad campesina del Perú” (2013).

14 Entrevista con una comunera colquemarquina, 25 de febrero 2023.

mayormente en alcohol, o en otros gastos decididos por quién lo gana, es decir el hombre. Numerosas esposas de mineros han reportado que, si bien al inicio el esposo le entregaba su sueldo para que ella lo gestione, así como se suele dar en los Andes después de un tiempo, el minero deja de “pasar plata” y ella tiene que “rogarle” para que “pase a cuenta gotas”. El justifica que está tomando con “su” plata, fruto de su esfuerzo individual (y no colectivo, como en el caso de las actividades agropecuarias tradicionales) y que por lo tanto está libre de gastarlo en lo que plazca: es tal vez donde la masculinización de la economía se muestra con mayor claridad.

En el caso de un negocio minero familiar-comunero colquemarquino, ello es algo menos marcado, ya que las mujeres suelen participar más activamente en los negocios, por ser “naturalmente” comerciantes (Ruiz Bravo, 2004). Sea llevando el mineral a moler en el quimbalete o gestionando a los clientes, las mujeres tienen mayor participación en un negocio familiar que cuando el minero es trabajador y recibe un salario. Sin embargo, la desigualdad dentro del manejo del negocio minero también existe, y puede ser ejemplificada con un caso en la comunidad de Huaccoto. Esta empresa familiar pasó de tener 2 trabajadores –hijos de la familia– a 22 trabajadores, todos contratados fuera de la familia, en pocos años. Hoy, son tres hijos y dos hijas y sus esposos¹⁵ que se reparten por partes iguales los beneficios que genera la empresa, cuando las hay. Sin embargo, durante nuestra estadía en la casa familiar, hemos podido observar tensiones sobre la repartición del trabajo y la toma de decisión sobre los gastos en el seno familiar.

Por un lado, la madre de familia, de unos 60 años, comentaba que “reniega porque [sus hijos] se van [a la labor minera] un par de horas y se van a hacer sus cosas, mientras las mujeres siempre pendientes y disponibles si hace falta abastecer algo.” Al punto que una de sus hijas estuvo llorando de agotamiento unos días antes de nuestra visita, cuando ella nos comentó: “como vendedora en San Martín de Porres me iba muy bien, agarraba buena plata: en la tarde doblaba lo invertido en la mañana. Era un trabajo matado, pero te acostumbras al ritmo. En cambio, ahora recibo mi sueldo de la empresa familiar y no da mucho. Sin embargo, sí hay dinero para los gallos.”

Como se mencionó anteriormente, las peleas de gallos se han tornado en el nuevo escenario de disputa de espacios socioculturales que simbolizan el poder (masculino) entre gamonales y campesinos mineros que han prosperado. Hace un año o dos, los hijos de esta familia minera han invertido en este “negocio”. Durante las peleas, mientras los hombres pelean los gallos, apuestan y toman cerveza, las mujeres de la familia están trabajando, vendiendo comida y cerveza al público. Todas las mujeres comentan sentirse “hartas” de estos “gastos inútiles” (se ha contratado a un gallero profesional para entrenar a los animales de riña) que les produce más trabajo, pero nada indica que la estrategia de la empresa familiar vaya en la dirección de dejar de invertir en este rubro que articula ganancias por juego y riesgo, con disputa de espacios simbólicos (masculinos) en el

¹⁵ Interesante notar que los cuñados están involucrados, mas no las cuñadas.

distrito. Asimismo, asistimos (aunque de lejos) a una conversación entre otra hija de la familia y sus padres, reprochándoles su apoyo incondicional a los hijos varones para que “hagan lo que les da la gana con el negocio familiar.”

Así, incluso cuando mujeres están involucradas como parte de un negocio familiar minero (y no meramente dependientes de un sueldo minero masculino), ellas ven aumentar su carga laboral y disminuir su capacidad de control y de influencia sobre las tomas de decisión en cuanto a estrategias económicas de la familia y asignación de recursos.

Esta deterioración del estatus económico de la mujer dentro de la familia se traduce de manera contundente en los niveles de violencia de género observados, tanto a nivel psicológico, físico como económico. Mujeres de una asociación de artesanas compartían que escuchaban frecuentemente, de parte de sus esposos o de otros hombres de su comunidad, decir: “tú tienes mano, para qué pides dinero, trabaja pues” o también, “estoy trabajando, llevando plata, tú no haces nada.” Concluyendo ellas que “la mujer está dedicada en la casa, por eso pues humilla.”

3) Asignación de las mujeres a espacios socioeconómicos dependiente y desprestigiado

Esta humillación de las mujeres, si bien –evidentemente– no es nueva, y menos en Chumbivilcas (conocida por su alto nivel de machismo), cobra sin embargo connotaciones particulares en el marco del “boom” minero postpandemia y de la masculinización de los ingresos monetarios. Al igual que en otras regiones mineras como Espinar (Weill, 2020), la monetarización de la economía implica un desplazamiento de la noción de “trabajo” (Silva Santiesteban, 2017), lo que es trabajo y lo que no es. En Chumbivilcas, muchas mujeres han comentado: “*manam trabajanchischu, papallata ruwanchis*”, no trabajamos, solo hacemos papa. La distinción y oposición de palabra (y de idioma del que proviene) para calificar un trabajo remunerado y otro no remunerado es elocuente: crecientemente, trabajo es aquello que genera ingresos monetarios, el resto, generalmente realizado por mujeres y/o personas mayores, no es trabajo sino quehaceres. Ello tiene un sustento tanto material como simbólico en las relaciones intrafamiliares, y consecuencias reales en el “debilitamiento del estatus de las mujeres” (Grieco, 2018).

En general, si las actividades mineras por socavón siguen siendo compatible con las labores agropecuarias (contrariamente a las actividades de la mega minería a tajo abierto), estas *cobran cada vez menos importancia*, material y simbólica, *frente a la minería*.

A nivel material, es en las relaciones intergeneracionales que se nota con más nitidez las reconfiguraciones de las relaciones de poder intrafamiliares relacionadas al “boom” minero postpandemia. En conversación con varios actores e instituciones de Colquemarca (instituciones

educativas, DEMUNA, centro de salud, etc.), resalta la ruptura de “respeto” hacia los mayores de parte de los adolescentes y jóvenes. Como se mencionó, los adolescentes suelen trabajar en las minas desde sus 14 años “y ganar buena plata”, mientras sus padres, tíos o abuelos, esencialmente agricultores, no ganan ni una fracción de lo que ellos en un mes. Por ello, “ya no hacen caso a sus papás”¹⁶, toman hasta el amanecer y se escapan de casa. El poco peso de las personas que aportan menos a la economía es acá puesto de relieve –pero la feminización de las actividades agropecuarias implica que el aporte económico de las mujeres a sus familias también tiene menos peso en la consideración global de quien aporta y quien no, cual trabajo vale y cual no.

Hemos de subrayar que la subordinación simbólica del espacio social vinculado a la economía no monetaria, frente al espacio de la economía monetaria, si hoy se traduce en términos de género, también está fuertemente atravesada por la historia de subordinación del mundo campesino, considerado “arcaico”, frente al mundo mestizo-urbano “moderno”. Como lo analiza Bourricaud en su clásica obra “Cambios en Puno” (2012 [1962]), lo que caracterizaba el “indio” es la dependencia hacia el *misti*, diferenciándose (entre otros aspectos¹⁷) por “participa[r] apenas en la economía monetaria” (p.27), lo cual constituiría su “atraso”. Si, con los años, los hombres de las comunidades han podido integrarse progresivamente a la economía monetaria, y de forma aún más acelerada con el desarrollo de la minería con participación comunal, las mujeres y las personas mayores siguen excluidas de ella. Ellas, asignadas a tareas agropecuarias y relaciones y espacios económicos desprestigiados históricamente (por quedar fuera de la economía de mercado y de las relaciones monetarias), se vuelven a su vez *dependientes* de los hombres que gozan de ingresos monetarios: la relación de subordinación y de dependencia, de ser constitutiva de la relación entre “misti” e “indio”, parece haberse desplazado para caracterizar las relaciones entre varones y mujeres, reproduciendo sin embargo las mismas lógicas y los mismos mecanismos.

Así como De la Cadena analizaba, en los 1990, la feminización de la propiedad de la tierra en relación con la reconfiguración del patrón de poder patriarcal en la comunidad de Chitapampa (Cusco) luego de la migración masculina hacia las ciudades que “desindianizan”; podemos plantear acá una feminización, no de la propiedad sino del tipo de uso –agropecuario– de la tierra, y su consecuente desprestigio dentro de una jerarquía de prestigio entre lo campesino y lo mestizo.

Estos espacios económicos tienen a su vez una dimensión socioespacial clara. Es dentro del ámbito comunal que se desarrollan las relaciones económicas no monetarias, mientras la economía monetaria es clave para las relaciones sociales fuera de la comunidad. Se plantea entonces una suerte de desprestigio del espacio comunal, dentro del cual el interés por invertir tiempo y recursos en la organización comunal se ve debilitado. Así lo afirma una comunera de Huaccoto: “Algunos

¹⁶ Entrevista con la oficina de la DEMUNA Colquemarca.

¹⁷ “El indio se distingue del blanco o del misti por la naturaleza de los productos que consume, por el débil volumen de intercambios en los que toma parte y por las técnicas y la finalidad de la producción” p27

varones se desentienden de los asuntos comunales, no van a las asambleas diciendo que tienen que trabajar. ¿Y los otros que dejan de trabajar? No es justo que manden a sus esposas y dejen de ir por eso no quieren que las mujeres representen la familia en la asamblea. No es para marginar a la mujer, pero si hay decisiones fuertes el varón tiene que estar”.¹⁸ Sin embargo, el involucramiento en asuntos comunales de varones y mujeres parece ser muy variable en función a cuan estratégico es el espacio de toma de decisión comunal para la realización de labores mineras, y por lo tanto remuneradas. En comunidad como Yanque, donde la comunidad misma está a cargo de la gestión de la explotación de los recursos mineros, así como en la comunidad de Idiopa Ñaupá Japu Urinsaya, donde existe la mayor planta de minería por lavadero, reportan que se está pretendiendo prohibir a mujeres acceder a cargos comunales y presencia en las Junta Directiva. Según una comunera de Idiopa, eso sería relacionado a que una “mujer [es] más difícil de corromper que hombre, y no lo pueden pegar a la mujer si se opone a la mina. Tal vez sea por eso que no quieren que entre a la junta directiva.” En cambio, en la comunidad de Huaccoto, donde los comuneros solo tienen que pedir permiso a la Asamblea comunal para poder explotar pero que lo gestionan particularmente, los hombres se desentienden más frecuentemente de los asuntos comunales. “El problema es que el hombre deja de tomar interés en la comunidad, pero si usa sus recursos, manda a la mujer agregando el trabajo de la organización colectiva sin que tenga la autorización o competencia para tomar las decisiones importantes sobre asuntos comunales además que a menudo no prestan atención porque esos temas comunales no les interesa”¹⁹, subraya la comunera de Huaccoto. Ahí, fuera de la Asamblea que les otorgara el permiso de explotar, son mayormente mujeres las que se ven obligadas a asumir la representación de la familia, o de sus hijos que se van a trabajar, en otros momentos y actividades relativas a la comunidad como las faenas, trabajos colectivos, etc.

Ya que los hombres se dedican a las chacras y a las actividades comunales durante tiempos libres, fines de semana, podemos plantear que en las estrategias económicas familiares, se observa una suerte de subordinación del espacio comunal, feminizado y desprestigiado cuando su peso económico relativo es menor, frente al espacio socioeconómico del trabajo asalariado o de las actividades mineras rentables, y que es masculinizado (todo ello debe ser matizado por el grado de control de la institución comunal sobre la explotación de recursos mineros). Las mujeres ven así aumentar la carga de responsabilidades y de trabajo que deben realizar, incluyendo las obligaciones comunales a las que los hombres desisten de ir; viéndose a la vez reducida la valoración de su aporte económico a la familia y de su tiempo, porque “no trabaja”.

18 Cuaderno de campo, noviembre 2022

19 Idem.

III. Economía minera, sexualidad y relaciones de género

Numerosas investigadoras (Mathieu, 1985; Wittig 1992; Tabet, 2018; Falquet, 2011, entre muchas) han resaltado la centralidad de la sexualidad en la configuración de las relaciones de género, que a su vez organizan la sociedad en su globalidad, desde lo económico hasta lo político pasando por aspectos socioculturales (Segato, 2016). En este sentido, observar la evolución de los patrones de conducta sexual es sumamente relevante para entender cómo se reconfiguran las relaciones de poder de género y de dominación masculina en un contexto socioeconómico determinado; en este caso, el del “boom” minero postpandemia en el distrito de Colquamarca.

1) Transformación de las estrategias matrimoniales

Tradicionalmente, el matrimonio es una estrategia económica familiar en los Andes: de esta forma, la sexualidad adolescente y la formación de parejas solían ser estrictamente controladas por la comunidad (Oliart, 2005). Si ello ya estaba bajo presión y transformación paulatina desde hace dos décadas, los cambios en los patrones sexuales y reproductivos de los jóvenes tienden a evolucionar de forma muy acelerada en los contextos mineros (Weill, 2020). En Colquamarca, luego de la pandemia y con el auge de la minería comunal, se ha observado una “ola” de embarazos adolescentes que generan gran preocupación en la comunidad educativa, y que sin duda tendrá consecuencias importantes, a futuro, en la repartición del trabajo y del acceso a recursos en términos de género.

Por un lado, la proliferación de lugares nocturnos, bares y cantinas y el acceso de adolescentes varones a los trabajos en la mina, y por lo tanto a ingresos propios²⁰, ha provocado un aumento drástico del consumo de alcohol en adolescentes. Las señoras del mercado cuentan ver a menudo “parejitas de muy corta edad” (12, 13 años) a menudo tomadas, que terminan teniendo relaciones sexuales sin protección ni orientación, “libradas” de la autoridad parental por su reciente autonomía económica. Por otro lado, la presencia de un gran número de hombres foráneos atraídos por la “fiebre del oro” también tiene consecuencias en las estrategias de las jóvenes colquemarquinas: “se dan por tener un celular”, confiesa el ex-subdirector del Colegio Integrado; “tengo compañeras que tienen su enamorado minero, sí tienen sus cositas” agrega una alumna de 3º grado del colegio La Merced. “Dos o tres jovencitas tienen enamorados que les vienen a recoger en su moto. Son mayores, por la minería viene gente desconocida”, reportan profesores. Así, solo en el Colegio Integrado, se registraron unos 8 casos de embarazo no planificado en el año escolar 2022, y otros 4 en La Merced. Muchas de ellas dejan de estudiar, por falta de adecuación del ambiente a la temprana maternidad, o por presión de los padres ante ese “mal ejemplo” para sus hijos.

20 “Alumnos de 4to 5to trabajan en la mina, [...] tarde noche cargan minerales y eso les paga buen dinero”, cuenta el presidente de la organización de jóvenes de Colquamarca. Entrevista, noviembre 2022.

Es de notar que el abandono de estudios en jóvenes mujeres a raíz de una relación con un minero no se limita a la cuestión del embarazo precoz. “Dejan de estudiar cuando están conviviendo con el minero. Por ejemplo, mi compañera de 3ro está con un tipo que terminó el colegio, trabaja en la mina” comenta una estudiante. Y los profesores confirman: varias jóvenes dejaron de ir al colegio por quedarse en casa y “cuidar a su pareja minero, porque, ¿qué tal se conoce con otra?” Así, vemos que las estrategias matrimoniales de las jóvenes se redirigen hacia los mineros, por el alto estatus socio-económico que representan; y piensan así “solucionarse la vida” en términos económicos.

A su vez, la estrategia matrimonial para algunos hombres, trabajadores mineros y foráneos, es precisamente establecer pareja con alguna joven comunera para tener acceso al derecho de explotación como yerno de la comunidad. Así lo comenta el entonces presidente de la comunidad de Huaccoto: “hay hombres que vienen de Puno, ponte, y enamoran a las chibolas de la comunidad para ser yerno de la comunidad y poder explotar ahí: será un 10% de los casos” de embarazos adolescentes. Así entonces, las estrategias matrimoniales de los mineros se dirigen a las jóvenes comuneras para el acceso al territorio. Esta situación ha generado tensiones en otros territorios como en Uchucarcco, comunidad del distrito de Chamaca directamente afectada por la empresa Hudbay desde el 2010: las Rondas campesinas reportan casos de hombres que se hicieron empadronar como yerno de la comunidad, pero que se desaparecieron luego de recibir cierto monto de dinero de la empresa (distribuido a cada comunero calificado) y dejando a su pareja embarazada.

Como lo subraya el ex-subdirector del Colegio Integrado, el problema de los embarazos adolescentes es que conllevan un alto riesgo de llevar a “familias disfuncionales”, con violencia familiar, separación de la pareja, abandono familiar, etc. Se ha demostrado en otros contextos mineros como en Espinar, que la importante presencia de muchos trabajadores mineros foráneos, es causa de un gran número de madres solteras (Weill, 2020). Muchas chicas jóvenes quieren establecer una pareja con ellos por su alto estatus socio-económico, sin embargo, son relaciones de poder muy asimétricas que llevan a menudo a abandonos de parte del varón, por estar en capacidad económica de multiplicar las amantes y las familias; la chica quedando en una situación económica aún más precaria. La masculinización de la economía a través de la importancia que cobra la actividad minera en el territorio, y las reconfiguraciones de las estrategias matrimoniales, afectan duraderamente la situación económica de muchas familias, y dentro de ellas, de muchas mujeres. En Colquamarca, el carácter muy reciente del “boom” minero postpandemia no permite apreciar todavía las consecuencias reales de estos embarazos adolescentes y de las reconfiguraciones de estrategias matrimoniales hacia los mineros; sin embargo, por ubicarse en una región que comparte patrones socioculturales y económicos, las lecciones de Espinar y de Uchucarcco podrían repetirse a mediano y largo plazo, agravando la asimetría económica entre varones y mujeres en el marco de las parejas y familias locales, campesinas y pequeño urbana.

2) Aparición de un mercado de servicios de carácter sexual

Pérez, De la Puente y Ugarte (2019) han demostrado, en el caso del distrito de Challhuahuacho donde está implementado el mega-proyecto minero Las Bambas, que existe una segmentación laboral en el marco de la cual las mujeres “brindan algún servicio a los negocios relacionados con la mina”, trabajando “principalmente en restaurantes y hospedajes” (p.58). Subrayan además que “las mujeres ocupan roles tradicionales de género en los que reproducen los trabajos del hogar en el negocio de un tercero.” Lo que estas autoras han subrayado en el caso de los trabajos de cuidado – que el trabajo doméstico se está constituyendo en un mercado de servicios feminizados–, también aplica para los servicios sexuales.

Hasta hace poco globalmente apropiados en el marco de la familia heterosexual tradicional, estos servicios –bajo la influencia de las actividades mineras fuertemente masculinizadas– empiezan también en constituirse en un mercado (Falquet, 2011). Ello es particularmente visible en los contextos mineros, fuertemente articulados a mercados de minerales globalizados. No es novedoso afirmar que la aparición y el desarrollo de actividades mineras, sean formales o informales, se da a menudo de la mano con la presencia de prostitución (Grieco, 2018; Machado, 2018): sin embargo, la gran variedad de servicios de carácter más o menos sexualizados, así como las implicancias sobre las relaciones de género, han sido algo menos estudiados.

En Colquamarca, reportan intentos de abrir lugares de venta de alcohol desde la mitad de la década del 2010. “En el 2017, quisieron abrir una cantina en la Plaza de Armas: los pobladores no lo permitieron. Con la pandemia, llegó gente de todos lados y ahora no hay forma de cerrarlos” indica un joven comunero de Huiniquiri. Con la llegada masiva de hombres foráneos atraídos por la posibilidad de trabajar en el sector minero, la capacidad de control local sobre el tipo de negocios que se desarrollan en el pueblo de Colquamarca ha disminuido notablemente. Es un comentario común en el distrito que los mineros –que son quienes más acuden a espacios de diversión, desde las peleas de gallos hasta los partidos de fútbol– “la siguen” en los bares y cantinas clandestinas, que se ha multiplicado desde la pandemia. Atraídas también por las posibilidades de trabajo, encontramos muchas “chicas” de otras zonas del país, pero también muchas Venezolanas, “escondidas en las cantinas”.²¹ Efectivamente, según un oficial de policía entrevistado, las Venezolanas serían más fáciles de “captar” por redes de trata de personas, por su mayor necesidad económica y vulnerabilidad, en particular en el contexto de la inmovilización social impuesta durante la pandemia de Covid: “ellas mismas buscan esos trabajos, además ya están desarraigadas de sus comunidades que las juzgarían.” La presencia de mujeres venezolanas es doble ganancia para los dueños de locales nocturnos: particularmente precarizadas, sin redes de apoyo familiar, están

21 Conversación informal en el puesto de jugo del mercado en el que atiende la Sra M., transcrita en el cuaderno de campo. 7 de noviembre 2022

más dispuestas a aceptar condiciones de trabajo difíciles, pero además los hombres estarían dispuestos a pagar más dinero para “estar con una extranjera”.

En las cantinas, lejos de ejercerse solamente prostitución, es toda una gama de servicios sexualizados que brindan mujeres jóvenes, comúnmente llamadas “damas de compañía”. Es el caso de D., que detallaremos a continuación. Un domingo en la tarde, mientras estábamos mirando la pelea de gallos, vimos al frente nuestro un grupo de cuatro chicas: “apenas miran los gallos, chatean en el celular, toman, se ríen, observan el público y se conmocionan del sufrimiento de los animales. Están súper producidas, regias, ropa muy apretada, tacos de 15cm y muy sexuales en contraste con el ambiente campesino alrededor”²². Nos parece evidente que no han venido para la pelea, sino para el público masculino que está tomando y apostando. Unas horas más tarde, en la discoteca clandestina al fondo de una casa en obra, encontramos de nuevo a las “chicas sexys” de la pelea de gallos –y están fichando²³. A D., un músico la trajo a nuestro grupo con s/30 para que nos acompañe hasta que termine su cerveza personal, y empezamos a hablar. Ella es de otra provincia de Cusco, madre soltera, y su ex-pareja “no pasa ni un sol”. El chico (foráneo) que está durmiendo en la mesa a nuestro lado es “su flaco”, pero ella vive cama adentro. Para verse, él tiene que pagar por su salida: ella no tiene derecho a salir del local. Al cabo de unos minutos de conversación, la dueña nos empieza a mirar fijamente, en estado de alerta, y D. dice que la va a regañar por estar hablando con nosotros: “a seguir trabajando”. El músico que había pagado por sus servicios se molestó que ella se fuera con otro grupo, y reclamó a la dueña, que a su vez recriminó a D. Parece que hay prostitución también en este local, pero buena parte del negocio consiste en la venta de estos servicios sexualizados y feminizados. Los consumidores son hombres en pleno ascenso social, gracias al empoderamiento económico permitido por las actividades mineras comunales, haciendo la demostración de su capacidad económica con el consumo de licores y (su capacidad viril) el consumo de cuerpos femeninos, condicionados socioeconómicamente por la necesidad, limitados espacialmente, y controlados por una estricta jerarquía capitalista entre patron(a) y trabajadora.²⁴

Además, los niveles de violencia a las que se ven sometidas las mujeres que buscan “solucionarse la vida” brindando o vendiendo servicios de carácter sexual a mineros, son un riesgo permanente, que

22 Cuaderno de campo, noviembre 2022.

23 El sistema de la ficha consiste en que mujeres, a menudo muy jóvenes, acompañan a los hombres y les hacen consumir licor: por cada jarra de alcohol que los hombres pagan mientras los acompañan, el dueño del local les entrega un ticket, cuyo valor varía, en remuneración de su servicio (Weill, 2021). Así, en este bar, cuestan s/40 las dos cervezas con “acompañante”, y s/200 la botella de trago con “acompañante”.

24 Con ello, no queremos sugerir que las mujeres serían únicamente ni principalmente víctimas. Entendemos el trabajo sexual como una de las múltiples opciones que se pueden presentar a mujeres, en particular de clase empobrecida, en el contexto de apropiación y control masculino del acceso a los recursos y de la construcción social de una sexualidad femenina “de servicio” (Tabet, 2018) para acceder a dichos recursos. Sin embargo, reconocer la agencia de las mujeres trabajadoras sexuales no debe llevar a una minimización de la dureza de las condiciones de vida y de trabajo en las que se ven obligadas a desenvolverse para obtener dinero, sino fácil, por lo menos rápido.

solo se puede comparar con los riesgos que los mismos mineros corren al bajar en los socavones²⁵: “mi tía está metida en serios asuntos”, cuenta una colquemarquina de 38 años. “El año pasado en el lugar se han baleado dos mineros por disputa por una chica muy proporcional. [...] También habían chicas y mucha gente (mineros) estaban yendo allá [a su bar]. Una señora no aguantaría [el engaño y el derroche de dinero] y no sabía ya cómo controlar a su marido, parece que había contratado a otro borracho para que acuchille a Alicia [la tía]. Alicia ese día no estaba, solamente estaba su administradora, y este borracho pensando que era Alicia le había acuchillado en la cara. [...] La chica era de [la comunidad de] Yanque y estuvo como dos años en Cusco haciéndose curar la cara. Luego volvió a Colque, después apareció muerta y violada en Velille.”

Es de notar, finalmente, que el acceso sexual a las mujeres en contexto minero tiene una dimensión cultural y religiosa importante en los Andes sur peruanos. La minería de socavón, arraigada e interpenetrada con una serie de concepciones locales a cerca de las relaciones humanas con los “lugares parientes” (Salas, 2019), está atravesada de ritualidad y en particular con una connotación sexual, de seducción y de posesión (Absi, 2005; Salazar-Soler, 2006; Salas, 2019). En su libro *Los ministros del Diablo*, Absi cita a un minero boliviano: “*Q'ullirisqayki polleraykita dinamita churaykusqayki, qurimuy rakhaykita*” [“Te levantaré tu pollera, te pondré dinamita, dame tu vaginita”]. [...] cuando entra el minero a la mina un poco caliente: “Dame tu culo.” (Absi, 2005; 288). En Colquemarca, esta relación entre actividad minera y actividad sexual cobra una dimensión muy concreta: “hay que emborracharse hasta morir y estar con muchas mujeres para que la gringa produzca”, cuenta un joven chumbivilcano. Así también confirma un inversionista minero: los que trabajan en el socavón tienen que ofrecer una parte de lo que han ganado al Apu, en reciprocidad - por ejemplo, 50% de sus ganancias-, en forma de borrachera, de *ch'alla* y de mujeres, porque “el oro es la gringa, es mujer para ellos, si sueñan con chicas, va a haber más oro, y por eso tienen que visitar a más chicas. [...] La minería sí o sí está relacionado con mujeres”²⁶.

Así, el desarrollo de servicios sexualizados tiene el doble objetivo de demostrar la masculinidad en ascenso social, y de satisfacer las concepciones locales relacionadas a la minería y la sexualidad que, como lo recalca Absi, son movilizadas con más o menos fuerza “según las circunstancias y los desafíos”, aunque siempre en beneficio del monopolio masculino sobre los recursos económicos y para la apropiación de las mujeres.

25 La noticia de jóvenes mineros aplastados en derrumbes dentro de los socavones es muy frecuente y regular en Chumbivilcas. Los riesgos asumidos por los mineros es un sentido común en la provincia.

26 Entrevista con un poblador de Colquemarca, 29 de junio 2023.

Conclusiones

Si los efectos sanitarios y socioeconómicos a corto plazo de la pandemia de Covid-19 han sido espectaculares, no hay duda en que los efectos a mediano y largo plazo son también considerables. El retorno masivo de los mineros chumbivilcanos cargados de conocimiento, capital y contacto con inversionistas, a un territorio que ya tenía antecedentes de explotación minera, ha sido un detonante para la rápida e importante expansión de la actividad minera principalmente a manos de comuneros, ya sea por socavón o en lavadero. Esta transformación económica es particularmente notable en el distrito de Colquemarca, cuyo rostro ha cambiado profundamente: parque automotor saturado, numerosas construcciones de “material noble”, desarrollo de industrias como la construcción y el transporte... La geografía social de dicho distrito también ha sido reconfigurada, con viejos conflictos reactualizados en nuevos enfrentamientos, sean entre comuneros o entre comunidades y “gamonales” locales.

Pero en el marco de estas profundas transformaciones, las relaciones económicas en el seno de la unidad familiar también se han visto reconfigurada. La minería es una actividad altamente masculina, sea por cuestiones materiales o cuestiones ideales (las prohibiciones religiosas/culturales a entrar a los socavones para las mujeres). Viéndose excluidas de la nueva fuente de ingresos en la economía local, se observan una serie de fenómenos que si bien no son propios de los escenarios mineros, éstos parecen ser ejemplos paradigmáticos: feminización de la agricultura con la consecuente disputa para el agua, entre la minería masculinizada y las actividades agropastorales feminizadas; masculinización del control económico, sea en relación con los ingresos de la pareja minero o en el marco de empresas mineras familiares, llevando a una mayor dependencia económica de las mujeres; y su respectiva asignación a trabajos y espacios material y simbólicamente cada menos importantes para la sobrevivencia de la familia, desprestigiados y dependientes, llevando a su vez a una mayor vulnerabilidad social.

Esta exclusión de las mujeres de los beneficios de las nuevas configuraciones económicas en Colquemarca no puede dejar de tener impactos en las relaciones sociales de género basadas en la sexualidad. En este sentido, observamos una “ola” de embarazos adolescentes, motivados por el reciente auge minero y las nuevas estrategias matrimoniales con mirada a captar los ingresos de la minería para las jóvenes. Se puede tener legítima preocupación para el futuro de muchas madres adolescentes, si las experiencias en otros territorios mineros en cuanto a madres solteras o abandonadas por mineros fueran a reproducirse en Colquemarca. Por otro lado, la aparición reciente de muchos lugares que brindan servicios femeninos de carácter sexual, sea por el sistema de ficha o prostitución, también se debe entender como una manera para mujeres de acceder rápidamente a recursos de los que se ven excluidas. Sin embargo, este tipo de trabajo sexual implica una serie de

violencias, desde el estricto control de los dueños del lugar, hasta la actitud prepotente de los clientes o los celos y agresiones que se ejercen en su contra.

Así la irrupción de la pandemia en el distrito de Colquemarca ha reconfigurado profundamente la economía local, reubicando los distintos actores en sus relaciones de poder, desde lo más público hasta lo más “privado”. La economía minera a mano de comuneros les ha permitido cierto ascenso social, lo cual es particularmente visible en las peleas de gallos, donde está en juego la masculinidad hegemónica hasta entonces propiedad casi exclusiva de la élite local (Cabrera y Castro, 2023). Sin embargo, esta movilidad social es mucho más masculina que femenina; si los comuneros llegan a disputar los espacios de prestigio masculino de los gamonales, la distanciamiento social entre comuneras e hijas de gamonales sigue marcadísima: mientras unas juegan fútbol en la parte baja del pueblo de Colquemarca, otras montan a caballo en la Plaza de Armas donde viven “las familias” y “los vecinos notables” con un discurso de distinción social muy marcado²⁷.

Lo analizado en Colquemarca en cuanto a relaciones de género en el contexto minero no deja de hacer eco a otras regiones del Perú donde se explota informalmente los recursos mineros. La Rinconada, Secocha y Madre de Dios (coincidentalmente los lugares donde los mineros chumbivilcanos aprendieron el oficio) se caracterizan por relaciones de género bastante violentas, en particular en cuanto a trata de mujeres y prostitución. El nivel de violencia social habiendo crecido notablemente en Colquemarca en los últimos años (robos, asaltos, peleas callejeras, etc.), nos podemos preguntar cuál será el futuro de este territorio a mano de una forma de capitalismo popular, que si bien es una reivindicación de muchos comuneros (el “derecho a la explotación” [Castro, 2022]), como toda forma de capitalismo implica nuevas y renovadas formas de violencia de género (Federici, 2018, Weill, 2023).

Las transformaciones socioeconómicas que está experimentando el distrito de Colquemarca son muy recientes, y queda mucho por estudiar en un futuro cercano. Este distrito parece ser un terreno de estudio particularmente fértil para el estudio de las reconfiguraciones de las relaciones de poder, en el sentido que el antagonismo de los actores es particularmente marcado en este espacio social, sea entre comuneros y gamonales, o en base al género. La reactualización de las pugnas por el territorio, la incorporación de nuevos actores de poder como son las grandes empresas mineras transnacionales en medio de dichas pugnas, la circulación de patrones socioculturales masculinistas como la del Qorilazo (figura sumamente prestigiosa del “cowboy” chumbivilcano, valiente y mujeriego, artista y violento), las consecuencias de las nuevas pautas de comportamientos sexoafectivos en los y las jóvenes a raíz del auge minero, el devenir de los conflictos por los recursos

²⁷ Conversación con Sisko Rendón, sociólogo colquemarquino que estudia la figura del Qorilazo en esta región, luego de su entrevista con el grupo de Amazonas, mujeres colquemarquinas de las “familias” que montan a caballo.

naturales en un contexto de estrés hídrico agudizado por el cambio climático, son algunos de los tantos temas de investigación que quedan por ahondar en este distrito de Colquemarca.

Bibliografía:

Absi, Pascale (2005). *Los ministros del Diablo: el trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí*. La Paz: IRD, Instituto de Investigación para el Desarrollo; Embajada de Francia en Bolivia; IFEA, Instituto Francés de Estudios Andinos; Fundación PIEB, 341 p.

Alata Quispe, Eyner (2016). *La inserción de la minería artesanal en la economía familiar campesina: un estudio de caso en la comunidad campesina de Ayahuay (Apurímac)*. [tesis de licenciatura]. Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Arana Z., María Teresa (2013). “Representaciones sociales de las mujeres Cajamarquinas sobre la contaminación medioambiental minera.” Disponible en línea: [URL: https://generoymineriperu.files.wordpress.com/2013/05/genero_mineria_cajamarca-maria-teresa-arana.pdf]

Bastidas Aliaga, María (2009). “Minería, movimientos y mujeres: impactos y respuestas. Los casos de San Mateo de Huachor, Choropampa y Callao.” En De Echave, J, Hoetmer, R. y Palacio, M. (Eds.). *Minería y territorio en el Perú. Conflictos, resistencias y propuestas en tiempos de globalización* (pp. 243-284). PDTG, CooperAcción, CONACAMI, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Bos Vincent et Lavrard-Meyer Cécile (2015). « “ Néo-extractivisme” minier et question sociale au Pérou ». *Cahiers des Amériques latines*, n°78, pp. 29-55. [URL : <https://journals.openedition.org/cal/3501>]

Bourricaud, François (2012 [1962]). *Cambios en Puno. Estudios de sociología andina*. Lima : Institut français d'études andines, Instituto de Estudios Peruanos, Cooperación Regional para los países andinos-Embajada de Francia.

Cabrera Morales, Fabio y Castro, Carlos Alberto (2023). “De la hacienda al socavón: mistis, gran minería y comunidades campesinas en las nuevas luchas territoriales en Colquemarca, (Cusco, Perú) c. 1969-2022” *Historia Agraria De América Latina*, 4(01), pp. 91–109.

Cárdenas, Erber, Lagos, Y. Layme Choque, Yonathan y Vargas, R. (2023). *Estudio sobre los cambios generados en las dinámicas locales por la presencia de la minería artesanal en las provincias altas de Apurímac y Cusco*. Lima. Asociación Arariwa, CBC, Propuesta Ciudadana.

Castro, Carlos Alberto (2022). “A propósito del día del campesino: minería desde la comunidad y nuevos procesos de comunalización”, en *Blog de Opinión - Crítica y Debates*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Disponible en línea: <https://iep.org.pe/noticias/critica-y-debates-a-proposito-del-dia-del-campesino-mineria-desde-la-comunidad-y-nuevos-procesos-de-comunalizacion-por-alberto-castro/>

Cortés, Geneviève (2002). “L'accès aux ressources foncières, enjeu de l'émigration rurale andine. Essai de lecture systémique à partir de l'exemple bolivien”, *Revue européenne des migrations internationales* [En línea], vol. 18, n°2: 83-104.

- Cuadros Julia (2011). « Impactos de la minería en la vida de hombres y mujeres del sur andino. Los casos Las Bambas y Tintaya ». En *Mujer Rural: Cambios y Persistencias en América Latina*. Lima: CEPES: 207-238.
- De Assis Clímaco, Danilo (2016). « Ciencia en práctica. La emancipación de las mujeres indígenas ». Tesis de doctorado en estudios latino-americanos, bajo la dirección de Márgara Millán Moncayo, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.
- De la Cadena, Marisol (1992). “Las mujeres son más indias”, *Revista Isis Internacional*, n°16 : 25-45. Santiago de Chile : Ediciones de las Mujeres.
- Derechos Humanos Sin Fronteras (DHSF). (2019). *Mujeres, minería y salud mental. Afectaciones psicoemocionales en las mujeres en comunidades del entorno minero Tintaya-Antapaccay en Espinar, Perú*. Cusco. Disponible en línea: [URL: <https://fr.scribd.com/document/440278023/Mujeres-Mineria-y-Salud-Mental-en-Espinar>]
- (DHSF), 2023. *Minería artesanal y a pequeña escala en Chumbivicas: un mapeo inicial*. Cusco.
- Falquet, Jules (2011). *Por las buenas o por las malas. Las mujeres en la globalización*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Colección general Biblioteca abierta, Estudios de Género), Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar. 205 p.
- Federici, Silvia (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Figuerola, Adolfo (1989). *La economía campesina de la sierra del Perú*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gago, Verónica (2019). *La potencia feminista, o el deseo de cambiarlo todo*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 256 pp.
- Guillaumin, Colette (1978). « Pratique du pouvoir et idée de Nature (1). L'appropriation des femmes. » *Questions féministes*, n° 2 : 5-30.
- Golte, Jürgen y De la Cadena, Marisol (1986). La codeterminación de la organización social campesina. Documento de trabajo N° 13. Lima: Instituto de Estudios peruanos.
- Gonzales de Olarte, Efraín (1986). *Economía de la comunidad campesina. Aproximación regional*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Grieco, Kyra (2018). “Politisar l’altérité, reproduire l’inégalité. Genre, ethnicité et opposition aux activités minières dans les Andes nord-péruviennes”. Tesis de doctorado en Antropología social y Etnología, bajo la dirección de Carmen Salazar-Soler. Paris: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- Hervé Bruno (2013). « De campesinos a micro-empresarios: transformaciones laborales y cambios sociales en una comunidad campesina del Perú ». *Iluminuras*, Porto Alegre, Vol. 14, n°33, Julio/Diciembre : 50-74 [URL : <https://seer.ufrgs.br/iluminuras/article/view/42328>.]
- Himley, Matthew (2011). “El género y la edad frente a las reconfiguraciones en los medios de subsistencia originadas por la minería en Perú” *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales*, vol.38, n°68: 7-95. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

- Hirsch, Eric (2017). “Investment’s rituals: “Grassroots” extractivism and the making of an indigenous gold mine in the Peruvian Andes”, *Geoforum*, Vol. 82, pp. 259-267
- INEI (Instituto Nacional de Estadísticas e Informática), 2017. Censo Nacional de Población. Lima.
- Jenkins, Katy (2014). “Women, mining and development: An emerging research agenda”, *The Extractive Industries and Society*, Vol.1, n°2, Novembre : 329-339. [URL : <https://www.sciencedirect.com/journal/the-extractive-industries-and-society/vol/1>. Consulté le 18 mai 2019]
- Kergoat, Danièle (2005). « Rapports sociaux et division du travail entre les sexes », en : Maruani M. (éd), *Femmes, genre et sociétés: L'état des savoirs*. Paris: La Découverte : 94-101
- Layme Choque, Yonatan. (2023). *La fiesta del Takanakuy: razones antropológicas de la permanencia y transformación en la organización de una festividad en un pueblo andino del sur del Perú. Santo Tomás (Chumbivilcas) Cusco*. [tesis de licenciatura]. Lima. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Li Fabiana (2009). « Negotiating livelihoods. Women, Mining and Water Resources in Peru », *Canadian Women Studies*, Vol.27 n°1 : 97-102.
- López Canelas, Elizabeth y Cielo, Cristina. (2018). “El agua, el cuidado y lo comunitario en la Amazonía boliviana y ecuatoriana.” En Vega, C., Martínez-Buján, R. y Paredes, M. (Eds.). *Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida* (pp. 53-74). Traficantes de Sueños.
- Machado, Horacio (2018). *Potosí el origen. Genealogía de la minería contemporánea*. Lima: Programa Democracia y Transformación Global – Derechos Humanos Sin Fronteras.
- Martínez, Luciano (2004). “El campesino andino y la globalización a fines de siglo (una mirada sobre el caso ecuatoriano)”, *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, pp. 25-40
- Mathieu, Nicole-Claude (1985). *L'arraisonnement des femmes: essai en anthropologie des sexes*. Coll. Cahiers de l'Homme no 24, Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences sociales.
- Mayer, Enrique (2004). *Casa, chacra y dinero. Economías domésticas y ecología en los andes*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.
- Oliart, Patricia (2005). “Género, sexualidad y adolescencia en la provincia de Quispichanchis”, en: *Quispichanchis: género y sexualidad*. Lima: IPEDEHP : 9-45.
- Olivier de Sardan, Jean-Pierre (1995). *Anthropologie et développement. Essai en socio-anthropologie du changement social*, Paris: Karthala/APAD, 221 pp.
- Pachas Cuya, Víctor Hugo (2019). *Enigma económico de los espíritus dueños del oro: minería en pequeña escala de oro en Sudamérica* [tesis de doctorado]. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- PDTG (Programa Democracia y Transformación Global) (2013). *Mitos y realidades de la minería en el Perú: Guía para desmontar el imaginario extractivista*. Lima: PDTG. [URL : <http://democraciaglobal.org/wp-content/uploads/Mitos-pdf.pdf>]

- Pérez, De la Puente y Ugarte (2019). *Las cuidadoras de los mineros: género y gran minería en Cotabambas*. 1e edición. Lima: Universidad del Pacífico, 89p. (Documento de investigación 12).
- Robin, Valérie y Panizo, Laura Marina (2020). “Reconvertir la “mala muerte” en época de Covid-19”, Comunicación IFEA. Disponible en línea: <https://ifea.hypotheses.org/4119>
- Romero, María Katia, Pachas, Víctor Hugo, Zambrano, Gustavo y Guarniz, Yerson. (2005). *Formalización de la minería en pequeña escala en América Latina y el Caribe. Un análisis de experiencias en el Perú*. Lima: CooperAcción-Acción Solidaria para el Desarrollo.
- Ruiz Bravo, Patricia (2004). “Andinas y criollas: identidades femeninas en el medio rural peruano”, en Fuller N. J. (éd) *Jerarquías en jaque : estudios de género en el área andina*, British Council Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales CLACSO.
- Silva Santiesteban Rocío (2017). *Mujeres y conflictos ecoterritoriales. Impactos, estrategias, resistencias*. 1a edición, Lima.
- Segato, Rita. (2016). “Patriarcado: del borde al centro. Disciplinamiento, territorialidad y crueldad en la fase apocalíptica del capital.” *South Atlantic Quarterly*, Vol. 115, n°3, pp.91-107
- Salas, Guillermo (2019). *Lugares parientes. Comida, cohabitación y mundos andinos*. 1a ed. Lima : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Salazar-Soler, Carmen (2006). *Supay Muqui, dios del socavón: vida y mentalidades mineras*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Tabet, Paola (2018). *Les doigts coupés. Pour une anthropologie féministe*. Paris : La Dispute.
- Weill, Caroline (2020). “ ‘El dinero machista lo vuelve al varón: conflictos, séparations et reconfigurations des rapports sociaux de sexe sous l’influence des projets miniers à Espinar (Pérou)’”. Tesis de maestría en Ciencias Sociales, especialización Estudios Comparativos del Desarrollo, bajo la dirección de Monique Selim. Paris: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
- (2022). “Impactos diferenciados en hombres y mujeres de la contaminación ambiental por actividades extractivas en el Perú. Caso La Oroya vs Perú”, informe para la Corte Interamericana de Derechos Humanos, octubre 2022. Sin publicar.
- (2023). “Reconfiguraciones de las relaciones de género en contexto minero: una mirada feminista-materialista desde Espinar (Cusco)”. *Ensayos de Investigación y Perspectiva de Género, edición especial: Género, desigualdades y Desarrollo en la Región Andina*, vol 3. Lima: TrAndes, Cátedra UNESCO de Igualdad de Género en Instituciones de Educación Superior Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Wilhoit, Mary Elena. “ ‘Un Favorzote’: Gender and Reciprocity in the Andes”, *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, Vol. 22, No. 3, pp. 438–458.
- Wittig, Monique (1992). *La pensée straight*. Beacon Press.